

Luisa.—(A *Aguilar*). Salvarle es preciso. El juez  
ya no tarda. Huid los dos.

(*Se van Aguilar y Don Andrés.*)

Herm.—¡Ramiro! Mi padre, ¡oh Dios!

Rami.—Todo es en vano esta vez.

El lo quiso; (*aparte*). Las señales  
crimen denuncian á voces;  
cayó en las garras feroces  
de las panteras sociales!

(*Siguen las risas y palmoteos en el comedor.*)

Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO

---

### ESCENA I

---

*Elena, Don Andrés y Herminia.*

(*Está recostada en un sillón sumamente pálida y desfigurada. Elena de rodillas cerca de ella, y Don Andrés sentado cerca de la mesa, hundida en las manos la frente.*)

Andr.—Espantosa soledad  
hay en nuestro rededor.  
(*Mirando al grupo.*)  
¡Cuán profundo su dolor!  
¡Cuán triste la realidad!  
Elena á lo menos llora,  
y reza, y pide consuelo. . . .  
A mí me ha negado el cielo  
hasta lágrimas ahora.

Elena.—¿Duermes?

Herm.—(*Con voz muy débil*) No. Bien lo quisiera.

Elena.—¿Qué te lo impide?

Herm.— Este frío  
que hiela mi alma.

Andr.—(*Aparte.*) ¡Dios mío!  
¿será posible que muera? . . . .

(*Llaman á la puerta y entra Don Andrés.*)

---

## ESCENA II

Dichos y Ramiro.

- Andr.—¡Ah Ramiro!.....  
 Ram.—(Estrechándolo) Sí, señor.  
 Herm.—(Incorporándose un poco, mientras Elena se acerca también á saludar á Ramiro.)  
 Llegas á tiempo.  
 Ram.—(A Elena y Don Andrés) ¿Qué pasa?  
 Andr.—(En voz baja perceptible.)  
 Ya lo vez, en esta casa  
 sólo hay angustia y dolor.  
 Ella se muere.....  
 Ram.— ¡Imposible!  
 Andr.—También así lo creí,  
 pero ya me convencí  
 de lo contrario.  
 Ram.—(A parte) ¡Terrible  
 verdad!  
 Andr.— El médico ayer  
 dijo que se despedía,  
 pues la ciencia no tenía  
 para estos males poder.....  
 Elena.—(A Ramiro, procurando dominar su emoción.)  
 Tu viaje nos ha privado  
 de tu amistoso consuelo,  
 en estas horas de duelo.  
 Ram.—Pero ya estoy á su lado.  
 (Se acerca solícito á Herminia y le habla

- en voz baja, pero perceptible, mientras Don Andrés y Elena hablan también bajo.)  
 Herminia, ten esperanza,  
 vive... vive para mí.  
 Herm.—(Emocionada y sorprendida.)  
 ¡Ah, Ramiro! Es tarde. Sí.  
 Ram.—El amor todo lo alcanza,  
 y yo te adoro....  
 Herm.—(Con voz apagada y trémula) Lo sé...  
 Cuando ya no hay corazón  
 en mí...  
 Rami.— ¡Oh! ten compasión,  
 Herm.—Me siento muy fatigada.  
 Que me lleven á mi lecho.  
 Rami.—(A parte) ¿Haría yo mal?  
 Herm.—(Desfallecida) ¡El pecho...  
 ¡ah! (Queda inmóvil unos momentos y todos se acercan á ella solícitos.)  
 Rami.—(Examinándola) Sola está desmayada.  
 (Herminia vuelve en sí y la conducen Elena y Ramiro á su alcoba, puerta derecha.)

## ELCENA III

D. Andrés y Ramiro.

- Andr.—Largo ha sido su martirio  
 En este mundo de horrores,  
 Rami.—¿Qué dolor ó qué dolores  
 agostaron este lirio?  
 Andre.—No pudo ya resistir

el peso de la traición  
de Roberto. El corazón  
no siempre puede sufrir.  
Vió él mi ruina y venal  
cambió de objeto: ya ves:  
no me sorprende, el revés;  
lo hallo muy natural,  
más, cuando Luisa encontró  
expedito que se uniera  
su hija con él y fuera  
la mía burlada. Halló  
esa mujer nuevo dardo  
de dos filos para herir,  
haciendo á Herminia morir  
y á mí que ya poco tardo....  
Ella enfermó; no hubo medio  
para volverle la calma;  
hay males de cuerpo y alma  
que ya no tienen remedio.  
La miseria, los dolores,  
el desengaño, la muerte....  
aquí tienes de mi suerte  
los abundantes favores.  
Hoy Ramiro....

Rami.— Hable usted

Andre.—Una limosna he pedido....

Rami.—D. Andrés....

Andr.— Pero no ha habido.

ninguno que me la dé....

Figúrate si podrán  
así seguir existiendo  
séres que viven sufriendo  
y que pronto morirán....

Porque en este mundo artero  
compuesto de pobre lodo,  
para todo, para todo  
necesitamos dinero....

Ram.—D. Andrés, yo no soy rico,  
le ofrezco esta cortedad,  
y en nombre de mi amistad  
que la acepte le suplico.

*(Le da una cartera pequeña.)*

Andr.—Gracias por el noble don  
que Dios trajo en el momento  
en que el horrible tormento  
ofuscaba mi razón.  
Y no debería estar  
sin recursos: esperaba  
dinero que me anunciaba  
últimamente Aguilar.

Ram.—¡Aguilar!

Andr.— Sí.

Ram.— ¿Todavía  
puede usted confiar así  
en ese hombre?

And.— Hoy aquí  
me dijo que estar debía.

Ram.—Lo dudo.

Andr.— Mas yo lo espero.  
El está interesado  
en dejar todo arreglado.

Ram.— Contrariar á usted no quiero;  
pero á juzgar por lo visto,  
es difícil esperar  
que pueda, ó quiera pagar.

Andr.— Sólo en un caso imprevisto

dejará de hacerlo: tiene recursos y voluntad.

Ram.—Pero no sinceridad.

Andr.—Es que cumplir le conviene para salvarse á sí mismo.

Ram.—Dude usted de sus promesas.

Andr.—Es que sin mí sus empresas lo rodarían al abismo.  
La mina me pertenece.

Ram.—¿Usted le ha retirado el poder?

Andr.— No.

Ram.— Pues confiado en eso, él encarece sus servicios.

Andr.— Me escribió proponiéndome aceptase su concurso y lo librase de la pena en que incurrió, disponiendo del depósito judicial que yo tenía. Siendo así, él salvaría mis intereses.

Ram.— Propósito que no ha de cumplir.

Andr.—Tiene valimiento, influencia....

Ram.—Pero le falta conciencia.

Andr.—Es, que yo puedo exigir cumplimiento á lo pactado. Tengo derechos.

Ram.— Sin duda.

Andr.—El me prestará su ayuda y queda todo salvado.

*(Llaman á la puerta y abre D. Andrés.)*

ESCENA IV.

*Luisa, D. Andrés y Ramiro.*

Andr.—¡Ah, Luisa! cuánto celebro ver á usted en esta casa.  
¿Y Leopoldo?

Luisa.— Fué imposible que viniera. ¿Cómo se halla la familia

Andr.—Así... pasando; ya sabe usted que no faltan en esta vida de penas....

Ram.—*(Rápidamente, á D. Andrés y aparte.)* Discreción....

Andr.— Ciertas desgracias.

Luisa.—Lo siento infinito. Vine, por Aguilar encargada, para tratar con usted un asunto. *(Lanza una mirada intencional á Ramiro.)*

Ram.—*(Aparte.)* Estorbo.

Andr.— Vaya; me tiene usted á sus órdenes.

Ram.—*(Aparte.)* No me gusta la emisaria.

Luisa.—*(Bajo á D. Andrés.)* ¿No podemos estar solos?

Andr.—*(Con aplomo.)* Es Ramiro de confianza; puede usted hablar....

Ram.— Si acaso mi presencia desagrada, dejaré á ustedes.

Andr.— No, sigue.

*(Se sienta Luisa en el centro, Don An-*

*drés á la derecha y Ramiro á la izquierda.*

Luisa.—(*Aparte.*) Me revestiré de calma.  
(*A D. Andrés.*) Como usted sabe, Aguilar con gran empeño trabaja para que la situación de usted se mejore. Avanza en sus arreglos y solo un requisito nos falta para terminar.

Andr.— Veamos  
Luisa.—El Ministro nos aguarda hasta hoy para que demos la solución esperada. Mas estando usted oculto é inhábil por esta causa para tratar del asunto, Leopoldo abriga esperanza de que usted no se opondrá á un arreglo.

Ram.—(*Aparte.*) Mucho habla.

Andr.—Si conviene.....

Luisa.— De otro modo la dificultad no acaba. Para terminar, propone á usted mi esposo que haga renuncia de sus derechos sobre la mina, que nada produce ahora; y en cambio, si de esta manera transa, ofrece á usted tres mil duros.

Andr.—(*Indignado.*) ¡Tres mil duros!.....

Ram.—(*Aparte.*) ¡Oh, qué infamia!

Andr.—Si no viera que está usted

en mi hogar, y es una dama, sin escuchar más razones le cerraría mi casa.

La mina, señora, es mía.

Luisa.—Nadie lo duda ....

Andr.— Me engañan Aguilar ó usted? El dice que está produciendo. Acaba de prometerme por medio de una lisonjera carta, enviarme de sus productos dinero que me salvara de la miseria en que estoy; y usted me dice que nada produce, y comprarme quiere mis derechos, y los tasa en una pobre limosna de tres mil duros .....

Luisa.— Pensaba fuera usted más racional.....

Ram.—(*Aparte.*) Y que robar se dejara.

Luisa.—(*Con cinismo.*) Cree usted cándidamente que mi esposo trabajaba en descubrir un filón para que otro lo gozara.....

Andr.—¡Señora! ¿qué nombre debo dar á quien así se arranca del hipócrita semblante para de una vez la máscara?....

Luisa.— Llámeme usted conveniencia, lo que guste; las palabras son palabras solamente.

Andr.—Las cantidades gastadas

en el laboreo importan  
una fortuna. Pagadas  
que sean, á mí, su dueño,  
lo mismo que la sagrada  
cantidad de aquel depósito  
de que nunca sospechaba  
que su esposo dispusiera,  
podrá tener esperanza  
de que ceda los derechos  
que quiere ponga en subasta.

Luisa.—Ese dinero invertido  
es de usted, nadie reclama  
su propiedad, ni lo duda;  
pero si piensa con calma  
y examina mis razones,  
comprenderá que empeñada  
estoy en dar solución  
al asunto, porque llana  
la proposición parece.  
¿No la acepta? Acaba  
el buen deseo que anima  
á mi marido y mañana  
denunciaremos al juez.....

Andr.—(*Interrumpiéndola.*)  
¿Mi retiro en esta casa?

Luisa.—Todo el asunto.

Ram.—(*Aparte.*) ¡Qué infamial!

Luisa.—Usted piensa que labrada  
con trabajo de mi esposo  
una fortuna, en las aras  
de la estúpida apariencia  
debemos sacrificarla?

Andr.—(*Aparte.*) Bien me decía Ramiro

que Leopoldo me engañaba.  
Luisa.—Atentar contra sí mismo,  
D. Andrés, fuera empeñada  
caridad, que en este tiempo  
ya no existe.

Ram.—(*Aparte.*) ¡Por desgracia!

Andr.—(*Aparte.*) La escucho y dudo si es  
demonio, arpía, ó dama!

Luisa.—¿Mi lenguaje le sorprende?  
no hay razón.

Ram.—(*Aparte*) ¡Qué descarada!

Luisa.—(*Con cínico aplomo.*)

Es colocarse en el medio  
y que la horrible avalancha  
social, no arrastre al caer  
al imprudente. La barca  
esquiva la tempestad  
como el hombre la desgracia,  
como el cervato á la fiera  
y el marino á los piratas.  
El bajel cede al impulso  
de la horrisona borrasca  
el ciervo cae de la fiera  
en la destructora garra,  
y muere el marino á manos  
del avezado pirata.....  
Cuestión de bien y de mal;  
herencia del todo humana,  
lucha tenaz por la vida  
de que el mundo no se extraña,  
porque ese mundo ha formado  
á la sociedad.

Andr.—

Ya basta.

Luisa.—Yo le propongo la paz;  
si usted acepta, mañana  
tendrá en su poder la suma  
ofrecida, y la esperanza  
de futura protección  
por nuestra parte.

Andr.— Con calma  
no puedo escuchar á usted.  
(*A Ramiro.*) Te recomiendo á esta.... dama;  
termina por mí el asunto;  
me retiro.

Luisa.—(*Rápidamente.*) Mañana  
no será ya tiempo.

Andr.— Siempre  
hay tiempo para la infamia.

(*Váse.*)

ESCENA V.

*Luisa, Ramiro.*

Luisa.—Después de lo que pasó  
nada tengo que agregar.  
Dejarme así.....

Ram.— Para dar  
término al asunto, yo,  
á suplicarle me atrevo  
se sirva decirme cuál  
es la base principal  
para el asunto.

Luisa.— Yo llevo

á mi esposo la respuesta  
negativa que me han dado.

Ram.—¿Y después? .....

Luisa.— Con el juzgado  
podrán entenderse.

Ram.— ¿Y esta  
es la solución?

Luisa.— Ninguna  
otra podemos tener.  
(*Con fina ironía*) Puede el abogado ver  
si comienza con fortuna  
su carrera, defendiendo  
tan buenas causas.

Ram.— Señora,  
la que me encargan ahora,  
es magnífica.

Luisa.— Lo entiendo.  
El espera y es razón  
que justicia se le haga;  
usted su deseo halaga  
previa la compensación  
que en ello pueda tener.

Ram.—¿Habrá quien adule al pobre?

Luisa.—Esperando que recobre  
la fortuna..... puede ser.....  
Veo en usted adversario  
que será digno de mí.  
Si continuamos así,  
juzgo sea necesario  
que me coloque á su altura.

Ram.—Tendrá usted que descender.  
Por otra parte, a mi ver,  
el asunto no asegura

el éxito que desea,  
quien propone avenimiento.

Luisa.—¿Qué lo impide?

Ram.— El mismo intento.

Luisa.—Permita que yo no sea  
de igual opinión.

Ram.— El hombre ]

no es materia solamente,  
tiene en sí algo latente  
que dignifica su nombre.  
El mal, tan solo por serlo,  
mancha, denigra, embrutece,  
mientras el bien enaltece  
solamente con hacerlo.

Luisa.—Es muy bella la teoría,  
pero en la práctica incierta.

Ram.—Cerrar al pobre la puerta,  
es indigno.

Luisa.— Ya sabía  
que era usted sentimental.

Ram.—Nada más grande, señora,  
que la virtud que atesora  
el cariño maternal.

Si el alma no se conmueve  
ante los males prolijos  
que padecen nuestros hijos,  
es una masa de nieve.

*(Animándose y conmovido.)*

Usted es madre y sabrá  
lo que sufren D. Andrés  
y Elena, cuando al través  
de la miseria que está  
matándolos cada día,

contemplan la luz lejana  
que les ofrece el mañana  
en esperanza tardía.

Luisa.—Sin querer hemos llegado  
al punto de la cuestión,  
salvación por salvación;  
un caso desesperado.  
Entre dos fuerzas iguales,  
alguna debe ceder;  
siempre tiene más poder  
uno de los dos rivales.  
Mujer y madre, no entiendo  
otro amor que el adquirido  
sólo por haber nacido  
para continuar viviendo.  
Yo amo como el condor,  
como al cachorro la leona,  
que en el rugido pregona  
los instintos del amor.  
Si no piensa el vulgo así,  
¿lo puedo yo remediar?  
si cual yo no sabe amar,  
¿qué debe importarme á mí?

Ram.—*(Aparte.)* Basta ya; es necesario  
aplastar á este reptil;  
á la fiera en el cubil  
se le ataca y al corsario  
con el hacha de abordaje  
se le destroza. *(A Luisa.)* Jugar  
con el fuego, es intentar  
que nos incendie.

Luisa.— Yo traje  
las mejores intenciones.....



se me desprecia y arrojó  
el guante.

Ram.— Que yo recojo  
sin admitir condiciones.  
Puestas en tela de juicio  
las causas que defendemos,  
quien tenga razón, veremos  
que nada es el artificio  
ante rectos tribunales.

Luisa.— (*Aparte.*) Hace vacilar su tono.....  
probaremos. (*Con seducción.*) Yo no abono  
mi causa. De las sociales  
contendidas, huir es bueno.

Parece que usted y yo  
nos entenderemos, ¿no?.....

Ram.— (*Aparte.*) Vacila y pierde terreno.

Luisa.— (*Muy insinuante.*)

Hombres como usted, así,  
de corazón de conciencia,  
son raros. Tengo influencia  
con los ministros; si aquí  
llegamos, como lo espero,  
á terminar la cuestión,  
le ofrezco una posición  
al abogado.....

Ram.— Prefiero  
la obscuridad de mi nombre.

Luisa.— Es el foro extenso campo  
para brillar.....

Ram.— O es un lampo  
que suele cegar al hombre.  
Señora, mucho agradezco  
tan señalado favor,

mas yo no admito el honor  
si sé que no lo merezco.

Luisa.— No insisto, pues que rechaza  
proposición tan sincera.

Ram.— (*Aparte.*) ¡Qué cinismo!

Luisa.— Yo quisiera  
persuadirlo; su amenaza  
si no me infunde temor,  
sí me trastorna quizás  
en mis planes.

Ram.— Siento más  
que usted el profundo error  
en que apoya pretensiones  
inadmisibles.

Luisa.— Espero  
probar á usted, caballero,  
que se ha forjado ilusiones.  
¿Elena se encuentra en casa?

Ram.— Sí, señora.

Luisa.— Voy á verla.

Ram.— (*Aparte*) Ha de querer sorprenderla.  
Pero voy á ver si pasa  
por esa alcoba.

Luisa.— Si usted  
me indica dónde...

Ram.— Sin duda

(*Señalándole la alcoba.*)

Por ahí..... (*Luisa se dirige á ella.*)

Préstame ayuda,

hermosa y cristiana fe.

(*Luisa descubre la cortina y penetra en  
la alcoba.*)

## ESCENA VI

*Ramiro.*

El sér humano pretende  
 Vivir en completa calma,  
 no contando con el alma  
 que al cielo sus alas tiende,  
 miéntras profana en la tierra  
 su dignidad y su nombre,  
 para cambiarse de hombre  
 en mónstruo donde se encierra  
 fuerza bruta que arrastrando  
 va su cuerpo de serpiente,  
 hundida en cieno la frente,  
 sin mirar que está brillando  
 para su eterno castigo,  
 en esa sublime altura,  
 luz indeficiente y pura  
 de sus miserias testigo.

(*Después de breve pausa.*)

Es preciso dominar  
 á ese venenoso sér,  
 y yo le sabré vencer  
 por más que quiera luchar.

*Voces de angustia dentro, lágrimas y sollozos. Luisa precipitadamente por la derecha sin dominar del todo su terror.*

---

## ESCENA VII

*Ramiro y Luisa.*

Ram.—¿Qué pasa señora?

Luisa.— El suelo  
 siento hundirse.

Ram.— Diga usted.....

Luisa.—Lo que yo no sospeché.

Ram.—(*Precipitándose á la puerta y D. Andrés saliendo.*)

¡Herminia!.....

Andr.—(*Sollozante.*) ¡Ya está en el cielo!  
 (*Señalando á Luisa.*)

¡Ella, ella la mató! ... ..

(*Cae abatido en una silla.*)

---

## ESCENA VIII.

*D. Andrés, Ramiro y Luisa.*

Ram.—(*Encarándose con Luisa.*)

Dos veces; y á mí también,  
 robándome el solo bien  
 que mi vida ambicionó.....

Porque yo la amaba, sí,  
 y ocultando mis dolores,  
 sacrifiqué mis amores

cuando dichosa la ví  
 á Roberto prometida.

Usted le robó al esposo,

y el desengaño espantoso  
 fué consumiendo su vida!  
 Y hoy, hoy que pensaba  
 con mi ternura y pasión  
 revivir su corazón  
 que la pena destrozaba,  
 de usted la sola presencia  
 bastó para que la muerte  
 convirtiera en masa inerte  
 esa preciosa existencia.....

Luisa.—Yo vine á ofrecer un bien  
 y se me culpa de un mal.  
 El sér humano es mortal.....  
 tocóle á ella... ..

Ram.— También  
 á usted tocará, señora,  
 y entonces.....

Luisa.— Ya lo veremos.

Ram.—Recuerde usted que tenemos  
 del remordimiento la hora.  
 Esos despojos sin vida  
 justicia en la tierra claman.

Luisa.—Eso dicen los que aman  
 cuando les duele la herida.....  
*(Acercándose á Ramiro con aire  
 protector.)*

D. Andrés no debe estar  
 abundante de dinero.  
*(Saca una carterita.)*  
 Tenga usted á bien caballero  
 á nombre mio entregar  
 esta pequeñez á Elena  
 para los gastos.

Ram.—*(Con dignidad.)* Señora,  
 ha llegado fuera de hora  
 esa dádiva tan buena.

Luisa.—*(Indignada.)*  
 Nada se quiere de mí.  
 Todo se me niega. Adios.

Ram.—Señora, sólo de Dios  
 necesitamos aquí.  
*(Le señala la puerta y ella se va por el  
 fondo volviendo la mirada á Ramiro.)*

—  
 ESCENA IX.

*Don Andrés y Ramiro.*

Ram.—*(Con profunda emoción)*  
 Sollozo aquí comprimido  
 brota por fin de mi pecho.  
*(Llora en los brazos de D. Andrés y luego  
 se domina, se acerca á la puerta, donde  
 está Herminia.)*

D. Andrés ante ese lecho  
 en que parece dormido  
 el ángel que á su morada  
 vuelve hoy, le juro á usted  
 que yo su hijo seré  
 para seguir la jornada.

Andr.—¿Qué diré á quien así  
 ejerce la caridad? ... ..

Ram.—Que de Dios es la boudad  
 que usted me atribuye á mí.  
*(Haciendo un esfuerzo y cambiando tono.)*

Herminia, espera; me voy  
á llenar otros deberes.

Andr.—Ve, hijo mío; tú eres  
nuestra providencia hoy.

TELON LENTO.

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

## ACTO CUARTO

Gabinete de estudio en la casa de D. Leopoldo Aguilar, lujosamente amueblado. Mesa de escribanía y en ella libros de cuentas y papeles. Puerta al fondo. Dos á la derecha, que dan á las habitaciones de Doña Luisa, y dos á la izquierda, una de las habitaciones de Aguilar y otra de las de Roberto, casado con la hija de ellos. La escena comienza poco antes de la aurora.

— — —  
ESCENA I.

*(Luisa envuelta en peinador blanco, con el cabello en elegante abandono, sentada en un confidente y una bugía encendida sobre la mesa.)*

He tenido que dejar  
mi lecho, donde la sombra  
de esa niña me persigue  
y yo despierto medrosa.....  
no sé por qué y abandono  
á pesar mío la alcoba.  
¿Pero á mí, la mujer fuerte,  
amedrentar esas sombras?

*(Se levanta y va recorriendo las puertas de la izquierda, deteniéndose á escuchar encada una de ellas.)*